

ron al grito de su antiguo gefe, sino que le dejaron principiar la guerra con la gente perdida del pais y con los emigrados de que estaba lleno su campo. Inmediatamente se dispersaron dos grupos que habia podido reunir, y se vió precisado á correr como Charéte de monte en monte. Pero le faltaba el teson y habilidad de aquel otro gefe y la comarca no estaba tan bien dispuesta que pudiera ocultarse en ella una tropa de bandidos. Efectivamente fue entregado por sus propios confidentes, que le atrajeron á un cortijo bajo pretexto de una conferencia, y allí le ataron y entregaron á los republicanos. Se asegura que tuvo parte en aquella traicion su fiel ministro Bernier, pero sea de esto lo que se quiera, la prision de aquel gefe fue de la mayor importancia por el efecto moral que debia producir en el pais. Le llevaron á Angers, donde despues de un corto interrogatorio le fusilaron el dia 26 de febrero á presencia de un pueblo inmenso.

Causó aquella noticia un gozo extraordinario y no dejó duda de que muy pronto acabaría la guerra civil en aquellas desgraciadas comarcas. A Hoche no le faltaban disgustos de toda especie en medio de las penosas atenciones de aquel género de guerra, porque los realistas le miraban naturalmente como á un perverso sanguinario, á pesar de que él procuraba valerse de los medios

mas leales para destruirlos, al mismo tiempo que los patriotas le atormentaban con continuas calumnias. Tambien le denunciaban al directorio los refugiados del Vendée y de la Bretaña, cuyos furores procuraba reprimir y cuya pereza solia castigar rehusando alimentarles devalde cuando habia cesado todo peligro en sus posesiones. Igualmente daban quejas contra él las administraciones de las ciudades que estaban en estado de sitio porque las incomodaba el régimen militar, haciendo lo mismo los pueblos sugetos á las multas ó á la cobranza militar de las contribuciones, de suerte que era un concierto de quejas y reclamaciones. Hoche que no tenia nada de paciente sino de muy irritable, se desesperaba de todo esto y pidió formalmente su destitucion, pero el directorio la reusó terminante y procuraba consolarle con nuevas muestras de estimacion y confianza. Ademas le regaló en nombre de la nacion dos hermosos caballos, uno de los cuales por lo menos debia considerarse mas bien que como un presente nacional, como una necesidad indispensable, porque aquel jóven general que gustaba mucho de los placeres, que estaba al frente de un ejército de 100 mil hombres y que disponia de las rentas de muchas provincias, carecia muchas veces hasta de lo necesario. Como sus sueldos se le pagaban en papel, quedaban

reducidos á nada y ni tenia caballos, ni sillas, ni frenos, y habia solicitado la autorizacion para tomar por su justo precio seis sillas, seis frenos, algunas herraduras, algunos pilones de azucar y botellas de rhon de los almacenes que dejaron los Ingleses en Quiberon. Egemplo admirable de delicadeza que dieron frecuentemente nuestros generales republicanos y que poco á poco fue haciéndose menos comun, segun iban dilatándose nuestras invasiones, y corrompiéndose nuestras costumbres guerreras por efecto de las conquistas y de las costumbres de las córtes.

Estimulado por el gobierno continuó Hoche sus esfuerzos para terminar sus proyectos en el Vendée, sin que faltase ya otra cosa para su completa pacificacion que la prision de Charéte, harto apurado ya, y precisado á pedir permiso á Hoche para pasar á Inglaterra. Consintió el general en ello autorizado por el decreto del directorio relativo á los gefes que hiciesen su sumision; pero Charéte no habia dado aquel paso mas que por conseguir alguna tregua, y no con ánimo de aprovecharse del permiso. Tampoco el directorio por su parte queria perdonar á Charéte porque suponía que siempre seria aquel famoso gefe un espantajo para el pais, y así escribió á Hoche que no le concediese transaccion alguna. Pero ya cuando el general recibió aquellas nuevas órde-



PRISION DE CHARÉTE.

nes habia declarado Charéte que su demanda no habia sido mas que una ficcion para conseguir algunos momentos de descanso, y que renunciaba á todo perdon de los republicanos y principió de nuevo á correr los montes.

No le era ya posible escaparse por mucho tiempo, sino que perseguido á la vez por columnas de infanteria y caballeria observado por tropas de soldados disfrazados, denunciado por los habitantes que no querian mas devastaciones en el pais, y cazado en los montes como una fiera, cayó por fin el 22 de marzo en una emboscada que le preparó Travot, donde armado de pies á cabeza y rodeado de algunos valientes que se esforzaban á cubrirle con sus cuerpos, se defendió como un leon y cayó últimamente herido de muchos sablazos. No quiso entregar su espada mas que al valiente Travot, que le trató con todas las consideraciones debidas á su mucho valor, y le llevaron al cuartel general republicano, donde le convidó á su mesa el gefe de estado mayor Hedouville. Estuvo hablando con la mayor serenidad y sin manifestar la menor afliccion por la suerte que le esperaba. Primeramente le llevaron á Angers y luego á Nantes para terminar allí su vida en los sitios mismos que habian sido testigos de su triunfo. Sufrió un interrogatorio á que respondió con mucho sosiego y urbanidad, y habiénd-

dole preguntado acerca de los pretendidos artículos secretos del tratado de La Jaunaye, confesó que no habia habido ninguno. No intentó paliar su conducta ni escusar los motivos de ella, sino que confesó francamente que era servidor de la corona y que habia trabajado con todas sus fuerzas por derribar la república, manifestando en todo tanta dignidad como impavidez. Conducido al suplicio por entre un pueblo inmenso, que no era bastante generoso para perdonarle los males de la guerra civil, conservó toda su entereza, á pesar de estar todo cubierto de sangre y haber perdido tres dedos de la mano en el último combate, por lo cual llevaba el brazo colgado de un pañuelo, y la cabeza cubierta con otro. No se dejó bendar los ojos ni quiso ponerse de rodillas, sino que permaneció en pie, sacó el brazo del pañuelo y dió la señal de fuego cayendo muerto inmediatamente el día 29 de marzo. Así concluyó aquel hombre célebre, cuyo indomable valor causó tantos males á su patria, y que merecia ilustrarse en otra carrera. Comprometido por la última tentativa de desembarco en sus costas, no quiso retroceder y acabó como desesperado, exhalando, segun se dice el mayor resentimiento contra los príncipes á quienes habia servido, y de quienes se veía abandonado.

La muerte de Charéte causó tanta alegría co-

mo la mayor victoria contra los Austriacos porque decidia el término de la guerra civil. Por tanto creyendo Hoche que ya no habia nada que hacer en el Vendée, sacó de allí el grueso de sus tropas para dirigir las del otro lado del Loira y desarmar la Bretaña; mas sin embargo dejó las suficientes para reprimir á las bandas aisladas que siempre quedan despues de las guerras civiles y concluir el desarme del país. Antes de pasar á Bretaña tuvo que reprimir una rebelion que se manifestó en las inmediaciones de Anjou hácia el Berry en lo cual tuvo que emplear algunos dias y luego marchó con 20 mil hombres á Bretaña, donde conforme á su plan la cercó con un vasto cordon desde el Loira á Granville. No era posible que los desgraciados *Chuanes* pudieran sostenerse contra un esfuerzo tan grande y bien concertado, y así el primero que solicitó someterse fue Scepeaux entre el Vilaine y el Loira, entregando un número de armas considerable. Segun se les iba empujando hacia el Oceano iban haciéndose mas tenaces los *Chuanes*, tanto que á falta de municiones se batian cuerpo á cuerpo á puñaladas y bayonetazos, hasta que al fin se les arrinconó enteramente hácia el mar. Entones rindió sus armas todo el Morbihan que mucho tiempo antes se habia separado de Puisaye y unas tras de otras siguieron el mismo ejemplo las demas divisiones. Quedó pues muy lue-

go sometida toda la Bretaña, y Hoche no tuvo que hacer otra cosa sino distribuir sus 100 mil hombres en una multitud de acantonamientos para observar el pais y mantenerles con mas facilidad. Ya estaba reducido su trabajo á las atenciones de administracion y policia, bastando algunos meses de un gobierno suave y benéfico para calmar los odios y restablecer la paz. A pesar de los gritos furibundos de todos los partidos, era Hoche temido, amado y respetado en la comarca, y los mismos realistas principiaban á perdonar á una república que estaba tan dignamente representada. Los que mas completamente se habian reconciliado con él eran los clérigos, cuya confianza habia sabido captarse, y ellos eran los que le enteraban de todo lo que le importaba saber. Todo presagiaba ya la paz y el término de tantas calamidades, sin que pudiese la Inglaterra contar en adelante con las provincias del Oeste para atacar á la república en su propio seno, sino que por el contrario veia en aquel pais 100 mil hombres, de los cuales 50 mil por lo menos quedaban disponibles y podian ocuparse en cualquiera empresa fatal para ella. En efecto estaba rumiando Hoche un gran proyecto que reservaba para mediados de primavera, y sumamente satisfecho el gobierno de los servicios que acababa de prestar, y queriendo indemnizarle de la penosa empresa que habia lleva-

do á cabo, hizo que se le declarase á él y los ejércitos que habian conseguido grandes victorias, beneméritos de la patria.

De esta suerte quedó pacificado el Vendée en el mes de germinal antes que ninguno de los ejércitos hubiese entrado en campaña, pudiendo el directorio entregarse sin inquietud á sus grandes operaciones, y aun sacar útiles refuerzos de las costas del Oceano.

Después de esto le denunció la comision de poderes en los términos que dice el texto, de que habia sido uno de los gefes de los realistas, cosa que él mismo no se atrevió á negar abiertamente; pero para que se vea cuanto habia cambiado la opinion, que á pesar de haberle espellido del cuerpo legislativo y haber querido asaltarle muchos diputados cuando bajó de la tribuna, volvió el pueblo á elegirle en la primera ocasion y hubo que revocar la ley de exclusion, y aun que eligiera secretario antes de concluirse el mes; tal era el odio que habian causado las ideas revolucionarias. Entonces él aceleró el cumplimiento del decreto que condenaba á la deportacion á Valenc y á Barrois. El su opusó abiertamente á que se celebrase el aniversario del 9 de thermidor, lo cual le ocasionó la proscripcion del 18 de fructidor, y aunque se ocultó al principio, al fin le arrestaron en las barreras de Paris y le comprendieron en la segunda onda de deportados. Pero le llamó un decreto de los consules de 26 de diciembre de 1799, y lo condujeron á la vigilancia en el pueblo de Dijon. Mas como hubiese experimentado un naufragio al volver de la deportacion, fue arrojado en las costas de Escocia cerca de Aberdeen, donde le dieron los escoceses que exigia en su situacion. De vuelta á Francia publicó unas memorias sobre su deportacion en un tomo en 4.<sup>to</sup> A poco tiempo se le nombró juez en la nueva colona que el gobierno